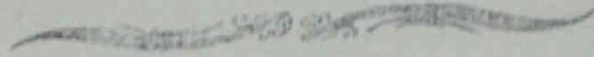


Copia de este Acuerdo en edición de lujo será enviada a la respetable viuda del difunto, a la Corte Suprema de Justicia, a la Gobernación del Departamento, y a la Municipalidad de Marinilla.

Levántase la sesión en señal de duelo."  
A las cuatro p. m. se levantó la sesión.

El Presidente, JOSE LUIS MOLINA. — El Vicepresidente, JOAQUÍN GARCÍA ROJAS. — CAMPO ELÍAS AGUIRRE. — BERNARDO CEBALLOS URIBE. — FABIO GARTNER. — TOBIAS JIMÉNEZ. — VALERIO RAMÍREZ U. — LISANDRO RESTREPO. — JESÚS MARÍA ROJAS. — *Luis E. Berrío, Srío.*



## Discurso

pronunciado por el Dr. Rafael Botero, al colocar la primera piedra del edificio para la Escuela de Derecho.

*Hustrísimo Señor,*

*Señor Gobernador,*

*Señoras; y Señores:*

Construir, transformar la materia: he ahí el máximo de la capacidad humana. Ese es el límite que el Creador le puso al hombre en lo material y todas las fuerzas y cualidades de éste, la inteligencia, la voluntad, el arte, por luminosa que sea, por avasalladora que se la suponga, por mucha inspiración que guarde, no alcanzan a más que a construir, a transformar.

He hablado de lo material. Con relación al espíritu, otros vocablos más propios están reservados para expresar el ascenso y la formación de las grandes almas.

Triste para la mente cuando piensa en un límite de la

potencia humana; mas, cuánta grandeza, qué maravillosa variedad de formas, cuántos inesperados efectos están contenidos en esa capacidad cuasi-divina de transformar y construir.

Como cualidad que diferencia completamente al hombre de los otros seres, está en su alma la tendencia continua hacia la perfección. Movido por ese impulso no solamente fortalece, mejora, purifica y eleva sus cualidades todas, sino que se vale de todo cuanto compone el cosmos y en un continuo proceso de perfeccionamiento: ensayando, rectificando, depurando y aquilatando, combinando y embelleciendo, no descansa jamás en su labor de obtener las nuevas y sorprendentes formas que para su bien encierra el ignoto seno del devenir.

Dignísimos oyentes: si en vez de ser quien os habla un no iniciado en el arte retórico fuese el maestro que supiera vestir la idea con espléndidas galas, trazar con la palabra la misma línea que trazó el artista con piedra, o combinar las frases con tino y sutileza capaces de llegar a lo patético, a la intensidad del arte puro, convertiría los momentos que me toca quitaros en esta solemne y fausta ocasión en algo digno de ella y de vosotros, porque en manos de un iniciado en el arte sería materia finísima el asunto que aquí nos congrega: la bendición del campo en que ha de construirse el Palacio de la Escuela de Derecho.

Quien gozara del don artístico podría tomar como tema la perfección del espíritu y su elevación a los grados superiores de clarividencia, heroicidad o gracia inefable y con tan excelso asunto transformaría la palabra en sublimes conceptos y revelaría tesoros de sapiencia, de hermosura y de bondad.

O bien preferiría, por más cercano a la realidad que hoy se inicia con esta ceremonia, hablar de las múltiples transformaciones de la materia y, tal vez, estrechando más el círculo pora ceñir con el de sus palabras el campo del arte arquitectónico, os embelesaría con la nítida visión de los monumentos que han perpetuado la fama no sólo de nombres, sino de razas y de épocas.

La sola evocación de esas obras de formas admirables, para las que el calificativo de maravillas es poco expresivo, hecha con maestría, sería bastante para dar interés, prestigio y belleza a su discurso.

Porque, a quién no conmueve siquiera, si es que no lo arrebatara a las más altas regiones del idealismo y de la contemplación estética, la representación de las obras capitales de la arquitectura: los templos helénicos, de líneas dignas de las



miradas de los moradores del Olimpo; los monumentos del Oriente, de grandiosidad que sugiere divinidades, que por lo monstruosas no pueden ser tales; las basílicas y las catedrales cristianas, ya realización de la austeridad y de la nobleza como la de San Pedro, ora prodigios de labor, colmo de gracia, ensueño petrificado en su momento de mayor encanto, como las catedrales góticas!

Esos y otros muchos monumentos de variados estilos y especies, pues el arte que transforma en expresión la materia puede manifestarse en el soberbio rascacielo de la populosa ciudad, como en la abadía de la humilde aldea. En el privilegiado suelo de Italia, que guarda en gigantes joyeros de piedra las memorias de los Scalígeros, de los Médicis, de Giotto, de Brunolleschi y Miguel Angel y de tantos otros patronos o pontífices de las bellas artes. En la brumosa Escocia, donde las capillas, abadías y fortalezas duermen un perdurable sueño de piedra. En Alemania, Francia y España, con sus castillos habitados aún por los personajes de la leyenda, la proeza y el idilio, y sus iglesias en que la fé se siente. En Rusia semibárbara y grandiosa. En Flandes, país de iniciaciones, serio, sosegado y cordial. En el lejano Oriente. En la remota antigüedad, que cada día ambicionamos más resucitar, y en el presente vertiginoso, que cada momento queremos impulsar. Entre los armoniosos griegos, los refinados asiáticos, los fastuosos vecinos del Nilo y aun entre los indios, rechazados hasta nuestro Nuevo Mundo, porque también son admirables los adoratorios que ellos consagraron al sol. Esas joyas del arte de la arquitectura, mostradas por el maestro, brillarían con bellísimos destellos y él tejería al rededor un precioso dechado de imágenes y conceptos que formaran no sólo un bello, sino un sabio y edificante discurso.

En vano sería que yo aspirase a tanto!

Elegido para tarea muy digna del más capaz de sus colegas, este justamente olvidable profesor de nuestra dilecta Escuela de Derecho no vaciló en asir la oportunidad que la suerte quiso ofrecerle de vincular su nombre a la obra muy apropiada y valiosa, que la Universidad de Antioquia y en especial su Escuela de Derecho, escogieron en buena hora para contribuir al fausto aniversario que en estos días se conmemora. Es tan bella la ocasión; es tal su deferencia por el ALMA MATER y por sus dignos directores, y es tan intenso el amor de quien os habla por su cara ciudad de Medellín, adusta y malhumorada a veces, como los viejos hidalgos, pero



siempre, mesurada, bondadosa y leal.

No pudiendo, pues, desempeñar la alta comisión como lo haría el maestro, he de acudir a vuestras propias capacidades, y vuestra rica imaginación y vuestras facultades volitivas harán en cuanto a la finalidad que debe tener mi discurso, lo que no puedo hacer yo.

La Escuela de derecho tendrá aquí sus aulas y aquí mismo tendrán su hogar las Academias sabias: la de Jurisprudencia; la Médica; la de Ingeniería y la de la Historia. Las ciencias todas prosperarán al abrigo de estos sillares que ya nuestros deseos nos hacen ver erigidos con líneas expresivas de la elegancia y del decoro.

Os invito simplemente a abstraer unos instantes vuestras almas; a prescindir de la noción del tiempo e imaginar, cada cual a su modo y desde su ángulo, el futuro, como si todo lo que ha de ser, hasta varias generaciones más adelante, estuviera presente ahora.

Mirad conciudadanos nuestra hermosa ciudad,--seria y sin veleidades,--ufana con su bello edificio para la enseñanza de la noble profesión del Derecho; ved como compite gallardamente con las moradas de las otras disciplinas; ved como se convierte nuestra Villa en centro escolar, de mayor prestigio que el mismo centro mercantil. Contemplad estudiantes el teatro de vuestros cercanos triunfos. Mirad directores y profesores el campo en que fructificará la semilla que sembréis.

A esas visiones juntemos nuestros anhelos y sobre todo nuestra resolución de montañeses. Aspiremos a la primacía intelectual de esta capital provinciana. Aspiremos a que la construcción que va a elevarse - adecuada y bella como de mano maestra - sea al mismo tiempo que la realización de muchos esfuerzos y muchos anhelos, un símbolo de otras mil construcciones y transformaciones.

Cambiemos nuestra tosca educación; construyamos ciudadanos correctos; elevemos, aquilatemnos y humanicemos la mentalidad. Nuestra mira no debe bajar del cenit. Que la ciencia y la cultura se busquen aquí con criterio leal. Que nunca el engaño - torvo y vilmente interesado - envuelva en su maraña los conocimientos que en estas aulas se adquieran, ni la malicia inficione el puro ambiente que el saber necesita, ni la cobardía consiga que se reniegue jamás de la verdad y de la fe. Que no sea ciencia estéril, mera erudición - que a-

penas es como la materia bruta - sino que los que aquí instruyan o se instruyan sepan dar aplicación y vida a sus conocimientos, difundirlos y mejorar el mundo. Que la ciencia y la cultura se extiendan a la mujer y al hombre; que comprendan el saber y el carácter; que produzcan luz y también firmeza, valor y abnegación.

Grandes cambios, notables transformaciones ha tenido en dos siglos y medio la villa buena y juiciosa, emprendedora y amiga de la realidad, inteligente y capaz de discernir el oro del oropel, pero mucho nuevo le está guardado aún.

Las deseadas transformaciones, la construcción de un porvenir venturoso, con que a la vez que seamos felices paguemos un puesto preferente en el concierto del orbe, están en nuestras propias manos. Vamos a su conquista con mente alerta, intención pura y ánimo resuelto.

Que la bendición que consagra esta primera piedra, consagre al mismo tiempo estos anhelos generosos, puesto que finalmente pertenecen a la humanidad, si bien por las circunstancias están dedicados a la amada Medellín, por Antioquia y por Colombia.



## VARIA



### “La Juventud”.

Con este mote, que encarna siempre la cristalización de grandes ideales, y que recuerda el porvenir venturoso de la Patria, ha aparecido entre nosotros una nueva hoja periodística.

Forman su nervio jóvenes estudiantes de las distintas facultades de la ciudad y por eso no dudamos que será el paladín más fiel que no dominará porque incesantemente estará pe-